



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	021
EXP.	077
DOC.	001
FOJAS	1-7
FECHA(S)	2003

Reseña de: Roberto García Moll, *La arquitectura de Yaxchilán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2003, 379 pp.

RENACER DE UNA CIUDAD:
LA ARQUITECTURA DE YAXCHILÁN

Beatriz la Fuente
Investigadora Emérita
Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

I. Vivir en el Ombligo Cósmico

Muchas son las manifestaciones culturales humanas que comunican, a través del tiempo y del espacio, los sentimientos y afanes de los antiguos creadores. Así, se cuenta con obras tan diversas y complejas como la cerámica, la escultura o la pintura mural. Pero sin lugar a dudas es la arquitectura, que a todo contiene, la que mejor expresa cómo han vivido los hombres del pasado prehispánico.

Y es que la arquitectura se vive, se transita, se habita día con día, de generación en generación, a través de siglos y centurias. De las habitaciones a los corredores y patios, de los espacios cerrados a los abiertos, el ser humano ocupa un lugar y un tiempo definidos, se asienta física y simbólicamente en el mundo que ha fundado. La arquitectura explica al universo y la imagen que de él construye el hombre; lo hace de acuerdo con las maneras en que éste dispone el sitio de vivienda, habitación, ritual y recogimiento. Tan es así que se ha mencionado, incontables veces, que la casa, el palacio, el templo y la ciudad

reproducen, a diferentes escalas y con diversos materiales, los conceptos que la comunidad se forja del universo: vive en el Ombligo del Cosmos.

Se entiende entonces por qué los investigadores se han dedicado a estudiar la arquitectura mesoamericana. Los resultados han sido, a todas luces, variados en la medida de los enfoques y de las épocas, si bien permea en todos la urgencia por encontrar el significado último de lo construido. Así, por ejemplo, se han establecido paralelos entre los edificios y el entorno natural, y se habla por ello de pirámides-montañas y de templos-cuevas. Se acepta con gusto que el hombre muestra un interés desmedido por imitar a la naturaleza, minusvalundo su potencial creativo para trascenderla. Dicho de otro modo, el ser humano está dotado de un potencial creativo que no se limita a la mera copia de sus percepciones, sino que las trasciende y establece normas para crear un nuevo orden en la naturaleza.

Sin entrar en semejantes comparaciones –de las que se puede concordar o disentir– nadie ignora el pródigo lenguaje arquitectónico y urbano que crearon los antiguos habitantes de Mesoamérica, todavía desconocido pese a los incontables análisis que ha merecido. No es inválido afirmar que, aun hoy, la arquitectura provoca asombro y desconcierto ante la gran cantidad y multivariación de sus formas y simbolismos.

Es conocimiento difundido que los mesoamericanos tenían el don de la inventiva y resolvieron de modo óptimo sus necesidades. De ahí la diferencias de sus plantas y alzados de los edificios, sus muchas maneras de revestir los muros y los techos, de crear espacios o reducirlos a la altura o al plano, de integrarse a la topografía o modificarla drásticamente. Colores, esculturas y relieves conformaron significados que dieron aspecto visual al pensamiento cosmológico presente en la arquitectura. Así, los edificios de piedra albergaban

a dioses y a sus representantes, a nobles poderosos y gobernantes, mientras que los pajizos servían de habitación para los humildes campesinos y gente común.

Los estudiosos de la arquitectura la han agrupado en estilos, funciones y periodos que hoy día carecen de sustento. Hablar de estilo a partir de criterios occidentales es obsoleto, en tanto que los objetos arquitectónicos prehispánicos convocan a su lectura con base en lo que de ellos permanece y les es propio. He de poner un ejemplo: por mucho tiempo se aceptó que la arquitectura era el arte de construir espacios internos; sin embargo en el ámbito prehispánico la arquitectura es el arte de conjugar espacios abiertos, de crear volúmenes en superficies que se abren al exterior, al universo.

Pocas veces la arquitectura se trata de manera integral. En casi todas las ocasiones se le separa de las demás obras plásticas y se le enuncia bajo el rubro diferenciado de "arte y arquitectura". A menudo se ha hecho hincapié en los posibles significados culturales de un objeto arquitectónico o de un conjunto urbano, descuidando los aspectos y valores estéticos que integran la totalidad de la obra de arte en cuanto a sus formas, a sus materiales, a su armonía, a su orden, a su función, a su contenido, a su distribución y ubicación en el espacio, ...

II. *Al todo por las partes*

La arquitectura de Yaxchilán, libro que hoy nos ocupa, es ejemplo del cuidado en unir el todo por las partes. Con esmerada acuciosidad el autor describe e integra cada uno de los elementos constitutivos, de modo tal que proporciona al lector una cercana visión a la antigua realidad arquitectónica. Roberto García Moll es un reconocido arqueólogo que aborda los arduos caminos de la descripción arquitectónica y la interpretación. La obra consta de 13 partes,

incluidas la bibliografía y la lista de ilustraciones, y abarca alrededor de 370 páginas. Cuenta con reflexiones sorprendentes que enriquecen su lectura, como aclarar qué hizo con los escombros y dónde quedaron, con el fin de evitar errores a futuros investigadores.

Conviene señalar que la investigación se concentra en una selección de 36 construcciones, de un total que sobrepasa el centenar de edificios que compone el área nuclear de Yaxchilán, la cual cubre aproximadamente 100 hectáreas. García Moll incluye en su amplia investigación la ubicación de los edificios, las intervenciones previas, el estado de conservación y, desde luego, los numerosos datos que obtuvo en excavación, además de las relaciones entre el edificio y las esculturas o relieves asociados.

En resolución, el esmerado registro es una contribución concreta a la conservación del patrimonio histórico artístico maya, en particular de la antigua Yaxchilán. Al recorrido se suman abundantes ilustraciones: mapas, planos, vistas de alzados y cortes, y fotos que reiteran las palabras y los conceptos. El todo resulta elocuente por cuanto ofrece un cabal panorama de la ciudad.

Vale la pena incidir en el peculiar acento que el autor imprimió a la parte central de su texto. Al lado de quienes le han precedido, junto a los hallazgos e ideas expresadas —suerte de revisión historiográfica desde 1833—, el investigador hace descripciones puntillosas y las acompaña con imágenes adecuadas. No deja fuera el análisis de los sistemas constructivos a través de distintos factores: programas urbanos y arquitectónicos, materiales y sus cualidades, procedimientos técnicos y "logísticos".

Al cabo de las decenas de páginas dedicadas a tales asuntos, García Moll vierte en varios cuadros el resumen de los datos. Bosqueja así el panorama de Yaxchilán: producto de más de 400 años de actividad, el área central cuenta

con más de 100 edificios que se distribuyen en tres grandes núcleos –la Gran Plaza, la Gran Acrópolis y la Pequeña Acrópolis– articulados por escalinatas, rampas, terrazas y plazas.

El autor se enfrentó a la siempre problemática cronología del sitio. El apoyo fue la cerámica, al cuidado de Sandra López Varela, quien definió cuatro complejos (Yaxek, Yaxcab, Yaxkin y Yaxmuc) fechados entre 300 a.C. y 810 d.C. De igual modo, acudió a la epigrafía y le dio justo valor: sopesó las fechas que indican las 110 esculturas con inscripciones (de 514 a 808 d.C.) y redefinió la secuencia arquitectónica, como se observa en el Cuadro 13. Estableció siete etapas constructivas, que van de antes de 238 a 849 d.C. y que poco a poco perfilaron los tres grandes núcleos de Yaxchilán, cuyo esplendor constructivo ocurrió desde los inicios del siglo VII d.C. Puso también de relieve las obras hidráulicas para evitar inundaciones y estableció las maneras como se alteró la orografía para que la ciudad creciera.

Roberto García Moll manifiesta en las páginas de su libro una preocupación singular, la fundamenta y extiende hacia el final. Se trata de corroborar el papel y valor de Yaxchilán como ciudad, con todos los riesgos y beneficios que esto conlleva. Se apoya en diversos autores (Childe, Morley, Thompson, Andrews, Kubler) para concluir, atinadamente, que el hombre impone su orden e ideas sobre la naturaleza para crear espacios útiles y significativos, por medio de acciones meditadas y conscientes. Es la arquitectura expresión cabal de una voluntad artística que expresa la animación de las formas y se torna concreta en un estilo propio y en una ciudad.

III. *La ciudad: ente vivo*

Éste es un libro esperado de hace tiempo, la expectativa valió la pena. En él se miran invertidos doce años de transitar por Yaxchilán y de explorar diferentes posibilidades que el autor contempló a partir de sus búsquedas y hallazgos. Habla del rigor con que llevó a cabo sus trabajos arqueológicos desde 1973 y la enorme cantidad de datos reunidos (cerámica, lítica, escultura, entierros y tumbas intactos), de modo tal que la información es abrumadora.

Enfrentamos un parteaguas, ya que dice mucho: aspira a ser integral, como el proyecto original; persigue estudiar y preservar. Se trata de un despliegue de intereses que van desde la descripción general y los primeros informes de cada sitio, a los múltiples problemas de conservación tanto de los restos culturales como de la selva que los cubre.

Sobresale algún concepto del autor por su novedad dentro de los estudios sobre el pasado prehispánico en general y arquitectónico en particular. Me refiero a que García Moll señala -al realizar el análisis del desarrollo arquitectónico y urbano-, que el sitio se originó, creció y se modificó gracias a "la modernidad" de los constructores mayas. Fueron modernos al elegir el sitio donde fundar la ciudad, modernos al renovarla y extenderla hasta darle su forma final, con base en planes coherentes y reiterados. La actual fisionomía de Yaxchilán se ubica en sus últimos 120 años de vida y se debe a tres grandes gobernantes: Escudo Jaguar I, Pájaro Jaguar IV y Escudo Jaguar II.

Yaxchilán adquiere un nuevo esplendor con este libro, que cumple con el propósito de García Moll por renovar y revivir una ciudad hace largo tiempo abandonada y en ruinas. Esa "modernidad" invoca, en un acto de indudable sensibilidad del estudioso, la antigua condición humana de los testimonios que son ahora objeto de su investigación.

Yaxchilán fue una entidad compleja y Roberto García Moll ha sabido adentrarse en ella a través de la expresión arquitectónica. Así ha hecho presente un lejano acaecer. Lo ha transformado en letras y éstas se han convertido en páginas que, unidas, forman un libro que habla de los afanes y los días de los antiguos señores de Yaxchilán. También ha dado pautas para el actual entendimiento y comprensión de la vida urbana maya en la época Clásica.

La arquitectura y el urbanismo precolombinos obedecían al sabio orden de espacios abiertos y masas edificadas. Servían para que los pobladores se congregasen y llevaran a cabo sus numerosas actividades cotidianas y rituales. Y al cabo de la lectura del libro *La arquitectura de Yaxchilán* puedo aseverar que la vida tenía lugar en la calle, en la plaza, en el mercado, a la luz del sol y con la caricia del aire y la lluvia en la cara, o con la tormenta en pleno. Así lo percibieron los antiguos habitantes de Yaxchilán y ahora lo descubre el moderno visitante y lector gracias a la obra Roberto García Moll.